CAYO

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of Illinois Urbana-Champaign Alternates

https://archive.org/details/cayodramaentresa00sanc

549:16

CAYO

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

Fr. MANUEL SANCHO, Mercedario

Diligite inimicos vestros
Amad a vuestros enemigos

2.ª EDICIÓN

BARCELONA
Imp. E. SUBIRANA, Editor y Librero Pontificio
Calle de la Puertaferrisa, 14
1913

ES PROPIEDAD

Al Rvdmo. P. Gral. Fr. Pedro A. Valenzuela dedica este drama

El Autor

PERSONAJES

CAYO	LEVIO
ANTONIO	ELIO
TIBERIO	PAULO
MOMO	CENTURIÓN
VALERIO	ROMANO 1.º
EMILIO	ROMANO 2.º

Gente del pueblo, esclavos, soldados, cristianos

ACTO PRIMERO

La calumnia

Jardín de la casa de Antonio, con fuentes, estatuas, asientos rústicos, etc. Izquierda: casa con puertas practicables. Fondo: columnata o pasillo con intercolumnios practicables y festoneados de enredaderas, yedra, jazmín, madreselva, etc.

ESCENA PRIMERA

Al abrirse el telón, aparecen, saliendo de la casa,

ANTONIO, CAYO, TIBERIO, MOMO, ELIO
y varios romanos

ELIO. Opíparo fué el banquete,
amigo Antonio.
R.º 1.º ¡Por Baco!
¡qué deliciosos manjares!
TIB. ¡Qué variedad!
R.º 2.º No hay romano
que te iguale en obsequiar
a los amigos.
MOMO. Mi amo
en lo espléndido es Apolo
que a nadie niega sus rayos,
ni él su mesa.
TIB. Dices bien.
ANT. Exageráis demasiado.
MOMO. Señor mío, como el vino

se ha subido al piso cuarto, *(se toca la frente)*
si exageramos un poco,
culpad a él que está tan alto;
pues cuando el vinillo sube,
suele ser exagerado.

TIB. Tenía un gusto exquisito.

R.º 1.º Exquisito.

MOMO. Lleno de años
estaba el pobre ancianito.
¡Pero qué aroma tan grato!
En los hombres acontece
que, a medida que los años
mueren, el vigor desmaya;
mas con el vino, al contrario:
cuanto más viejo, más fuerte.
¿Por qué será?

ANT. A Baco
pregúntaselo.

MOMO. Y esto
¿ninguno puede aclararlo?
¿Ni Cayo, el serio filósofo?

TIB. Que lo desenrede Cayo.

MOMO. Saca a relucir tu ingenio. *(A Cayo.)*
¡Ah!... se me había olvidado
que eres mudo cuando se habla
de Venus o del dios Baco.

ANT. ¡Momo, a raya ten la lengua,
que, si abusas, te la arranco!
Sé bufón sin ofender.

CAYO Déjalo, Antonio.

MOMO Mi amo,
dispénsame; tú ya sabes
que soy alegre de cascos
y tengo el desván vacío. *(Se golpea la frente.)*
Tengo otra dudita al canto
que me retoza aquí dentro,

y ha de salir, si no, estallo.
¡Y qué estallido, señores!

TIB. Di, Momo.

MOMO ¿No es caso raro
ver a Cayo tan modesto,
tan puro y morigerado,
cuando en Roma todo es vicio?
¿Quieres que haya un hombre casto?
¿Quién se libra de Cupido?
¿Quién es capaz?

CAYO *(Ap.)* Los cristianos.

MOMO A duras penas se logra
conservar el fuego sacro
de Vesta.

CAYO *(Ap.)* ¡Qué corrupción!
¡Ay del Imperio romano!

MOMO ¿No habiendo vestales vírgenes,
quieres vírgenes vestalos?

ANT. ¡Por los dioses del Olimpo!
Vas a lograr, si me enfado,
que te haga dar mil azotes.

MOMO *(Ap.)* ¡Chitón! Se ha emberrenchinado.

ANT. Amigos, tras la comida
suelo pasear un rato
y si gustáis...

VARS. ¡Oh, sí, sí!

TIB. Yo prefiero estar sentado.

ELIO Yo también.

ANT. Como queráis.

MOMO Yo me echo bajo de un árbol,
porque este vino me abruma.
¡Uf, si pesa! *(Sale.)*

ANT. ¿Vamos, Cayo?

(Salen formando grupos. Cayo marcha con Antonio.)

ESCENA II

Tiberio y Elio

Tib. ¡Los dos juntos! ¡siempre juntos!
Elio ¿Quiénes?
Tib. ¿Aun no has observado
la especial predilección
que Antonio profesa a Cayo?
Elio Harto lo veo, Tiberio.
Tib. Míralos, van separados
de los demás. ¡Siempre a solas!
¡Oh Cayo, enemigo infausto
que mi perdición causaste!
tú te apoderas del ánimo
de Antonio, tú me lo robas...
¡Cayo maldito! ¿hasta cuándo
labrarás mi desventura?
Enemigo malhadado,
tú triunfas, tú me desprecias,
porque me ves en el fango
de mi humilde condición...
Yo que fuí... Mas ¡ay! pasaron
aquellos tiempos.
Elio Tiberio,
¿qué tienes?... Háblame. ¿Acaso
te injurió Cayo? Descúbreme
tu pecho, porque encerrado
el pesar es insufrible,
y si yo puedo aliviarlo...
Tib. Gracias, Elio. Es una historia
larga, y ha muchos años
que pasó.
Elio No importa; di,
que te oiré con agrado.

TIB. Escucha, pues, mi infortunio.
El invicto Diocleciano
tenía en estrecho cerco
a Alejandría. Era Cayo
centurión y yo también,
y los dos pertenecíamos
a una cohorte invencible
de esforzados legionarios.
Ansiaba yo distinguirme
para subir otro grado;
deseaba ser tribuno,
pero lo deseé en vano.
Abiertas ya grandes brechas
en los muros, Diocleciano,
después de exhortar las tropas,
ordenó dar el asalto.
Como flecha despedida
de la cuerda, nos lanzamos
a los muros; yo el primero
llego, pero los sitiados
cargan sobre mi centuria,
y retrocedo agobiado;
por los muchos enemigos,
retroceden mis soldados.
Mas Cayo, el primer peligro
viéndolo por mí afrontado,
arrolla con su centuria
la chusma de los contrarios,
ya casi por mí vencidos,
y, a vista de Diocleciano,
escala él primero el muro.
Siguen las tropas; tomamos
a Alejandría, y ¡oh rabia!
mientras que yo fuí expulsado
como cobarde, a él lo elevan
al noble y honroso cargo

de tribuno, y con mural
corona le coronaron.
Él triunfante, yo vencido;
él rico, yo despreciado...
¡Némesis, dame tus iras!
¡Si pudiera destrozarlo
con mis uñas! ¡Si pudiera
un puñal ver sepultado
en sus entrañas, y allí
revolverlo con mis manos!...
¡Oh venganza!

ELIO Cálmate,
sosiega.

TIB. ¿Sosiego? En vano
me lo pides. Pide a un tigre
a quien han arrebatado
sus cachorros, que no ruja;
dile que esté sosegado.
Mas a mí no me lo pidas,
que lo pedirás en vano.

ELIO ¿Meditaste la venganza?

TIB. ¡Sí, harto la he meditado!
Ahora podría vengarme,
ahora que ya ha estallado
la persecución cristiana.

ELIO ¿Qué dices? ¿Acaso Cayo
es cristiano?

TIB. Sí.

ELIO ¿Y cómo
lo sabes?

TIB. Yo fuí cristiano,
y entonces le conocí;
mas después, desengañado,
(ap.) digo mal, no me engañé,
(alto) me aparté de los cristianos.

ELIO ¿Cuando lo de Alejandría

todavía eras cristiano?
TIB. No, ya no lo era.
ELIO Tal vez
por eso te jugó Cayo
aquella infame partida.
TIB. Sin duda.
ELIO Ahora está en tu mano
la venganza. ¿No te vengas?
TIB. Cuando mueren los cristianos
por su Religión, no lloran;
sonríen, están ansiando
morir, y esta dulce muerte
no la quiero para Cayo.
¡Quiero que sufra al morir!
¡Que muera desesperado!
¡Quiero arrancarle del alma
aquello que le es más caro
que la vida! Pero ¡ay triste!
No sé si podré lograrlo.

ESCENA III

Dichos y MOMO

MOMO Mi amo está hoy insufrible;
no me ha dejado dormir.
ELIO ¿Qué tiene?
MOMO Es genio terrible;
no hay quien lo pueda sufrir.
Tiene azogue, calentura,
bilis que le ha trastornado.
Todo ello por la hermosura
de una esclava que ha comprado.
Él la quiere engatusar,
mas ella, fuerte que fuerte,

no se deja domeñar.
Aunque le dieran la muerte,
no cedería jamás.
Hasta yo me he atrevido
a decirle flores; mas
contestó con un bufido.
Nunca doblará el testuz.
Que es cristiana sospecho.

TIB. ¿Por qué?

MOMO Porque hace la cruz,
a escondidas, en el pecho.
¿Han visto la bachillera?
Lástima que sea esclava,
pues si un denario tuviera,
al punto la delataba.

ELIO ¿Cómo? Acaso gratifican
al que delata a un cristiano?

MOMO Sí. La fama lo publica:
tal decretó Maximiano.

ELIO ¿Cuánto gana el delator?

MOMO Le dan cuanto el delatado
posee de algún valor.

ELIO *(Ap.)* ¡Brava suerte! Afortunado
soy desde ahora. Al instante
a Cayo delataré,
antes que se me adelanten,
y sus bienes poseeré.
(Se levanta en ademán de despedirse.)
(Alto.) Voy a informarme.

TIB. Ve.

ELIO ¿Ya
está el edicto en el foro,
de la persecución?

MOMO ¡Ca!
Estuvo con letras de oro
grabadas en pergamino;

lo colocaron ayer,
y se voló de camino.
Hoy, antes de amanecer,
un cristiano lo arrancó;
otros dicen que un granuja;
otros, que se lo llevó
el viento, otros que una bruja.

ELIO En fin, Tiberio, allá voy
a informarme por entero;
con curiosidad estoy.
Salud.

TIB. Salud.

MOMO Y dinero. *(Vase Elio.)*
Yo me voy a visitar
a Baco, mi fiel amigo;
quiero con él conversar
a solas y sin testigo.

ESCENA IV

TIBERIO

TIB. Hados crueles de mi triste vida,
¿cuándo me dejaréis en dulce calma?
¿Calma yo? ¡No, jamás, que tengo el alma
en fango de mil crímenes sumida!
De mi fe de cristiano apostaté,
y me roe un atroz remordimiento.
¡Oh, apártate de mí, cruel pensamiento!
Gozar quiero tranquilo... ¡Apártate!
Con placeres e infamias quiero ahogar
estos recuerdos en el pecho mío.
¡Sangre, venganza, crímenes ansío!
¡Ay de ti, Cayo vil, me he de vengar!
Él fué de mi esperanza cruel tirano,

él mató mi ilusión y mi ventura,
él destruyó mi dignidad futura...
¡Él sabrá la venganza de un romano!
(Mira hacia dentro.)
Mas ya vienen los dos. Con interés
parecen departir. De seguro es
el asunto importante. Con cuidado
aquí me ocultaré;
nada pierdo en oir lo que no sé.
(Se oculta entre los árboles y escucha.)

ESCENA V

Cayo y Antonio

Ant. No, Cayo, no es ilusión.
Mi pasión no es fantasía.
Amo a mi esclava Cornelia.
Cayo Las pasiones son espinas
después que se han satisfecho.
Ant. Pero mi amor...
Cayo Fantasía
dorada, copa de néctar;
pero con heces de acíbar.
Ant. ¿Tú me dices que este amor
es una hermosa mentira?
Pues bien, si sólo es fantasma,
viviré de fantasía.
¿No has visto cómo las nubes,
cuando va expirando el día,
se tiñen de bella púrpura
y de fuego se matizan?
Pues esos vellones de oro
son una nube plomiza.
Mentira son sus colores,

¡pero qué bella mentira!
Mira esa bóveda azul
en donde los astros brillan,
ese océano al revés, *(indica el cielo)*
cuyas ondas movedizas
soplan y se agita el mar,
y cuando él ruge ellas silban.
Pues bien, ese hermoso cielo
es una región vacía:
su color azul, su bóveda,
su inmensidad infinita...
mentira, mentira todo;
¡pero qué bella mentira!
Si es mi amor el cielo azul,
si es la nube purpurina,
déjame con mi ilusión,
que es hermosa, aunque mentida.
Pero no, Cayo, mi amor
no es sólo una fantasía.
Yo rendí a mi voluntad
muchas romanas altivas;
pero mi esclava Cornelia,
¡ah, Cayo amigo! es distinta
de las demás. Su rubor
y su modestia me admiran.
Cuando al hablarle de amor
veo que se ruboriza,
a través de aquel color
conozco su alma purísima;
porque en la mujer honesta
este rubor significa
que se le sale a la cara
la castidad escondida.

CAYO *(Ap.)* ¿Será Cornelia cristiana?

ANT. Ella resiste a mis súplicas;
le ofrezco la libertad

y que será esposa mía;
mas ella llora y... «No puedo»,
me dice. Insto, suspira;
le amenazo... «¡Pues matadme!»,
me contesta decidida.
«¿Amas a otro?» le pregunto.
Con rotunda negativa
me contesta. ¡Ay, si me engaña,
que entonces la mataría!...
Sus virtudes me enamoran,
su resistencia me obliga:
que perla que tanto cuesta
debe ser perla muy rica.

CAYO Me retracto, amigo mío.
Ese amor no es fantasía,
pues no se funda en vil cieno,
sino en elevadas miras.

ANT. ¿Luego, lo apruebas?

CAYO Lo apruebo.

ANT. Pues, oye.

CAYO Di.

ANT. Yo querría
que me ayudaras.

CAYO ¿A qué?

ANT. A convencerla. Mis súplicas
son inútiles, y tú
acaso consiguieras
persuadirla.

CAYO ¿Yo?

ANT. Sí, tú.

CAYO Pero...

ANT. Cayo, no prosigas.
Concédeme este favor.

CAYO Bueno, probaré. Tu dicha
quisiera alcanzar, mas temo
que no podré conseguirla.

ANT. Tú todo lo alcanzas.
CAYO *(Sonriendo.)* ¡Vaya!
Tal secreto no sabía.
ANT. Yo ahora le hablaré; después
tú procura persuadirla. *(Vase Antonio.)*

ESCENA VI

CAYO

CAYO ¡Pobre Antonio! No es malo, aunque pagano.
Ansía ser feliz; tras su soñada
ventura corre en vano,
y no la alcanzará hasta ser cristiano.
Esta hora deseada,
este constante afán que yo persigo,
¡oh Dios! ¿lo alcanzaré?...
Y esa esclava de Antonio tan virtuosa
¿será tal vez de Dios el instrumento
que con su amor, palanca poderosa,
convierta a su señor? Su encogimiento,
su rubor, su constancia, de cristiana
son propias; las paganas
no son de aquesta hechura:
que pureza no brota de fuente impura.
¡Oh, sí! el amor de Antonio ayudaré:
yo la convenceré.
Si es cristiana, a mi intento ha de ayudar;
doblaré su tesón,
y de mi amigo hará la conversión.

ESCENA VII

Cayo y Valerio

Val. Mi amo me envía a llamaros.
Cayo Vamos allá.
Val. Mas quisiera
pediros... Pero ¡ay de mí!
que al esclavo se le niega
lo que se atreve a pedir.
Cayo Dime qué es lo que deseas.
¿Crees que soy tan cruel
que cerraré las orejas
a tus peticiones? ¡No!
Pide, que, en cuanto yo pueda,
te satisfaré.
Val. Mil gracias.
Me explicaré con franqueza.
Tengo una hermana a quien amo
como a mi propia existencia;
es esclava como yo,
y mi amo le profesa
un amor desesperado;
mas no puede amarle ella,
y él está loco frenético.
Cayo ¿Luego tu hermana es Cornelia?
Val. ¡Ah, lo sabéis!
Cayo Continúa.
Val. Son reales mis sospechas.
Cayo ¿Qué sospechas?
Val. Mi señor
que persuadáis a Cornelia
os ha pedido, sin duda.
Cayo Sí.
Val. Escuché palabras sueltas

cuando hablabais; sospeché
que vuestras pláticas eran
de lo que tanto temía
Mis dudas han sido ciertas.
¡Ah, señor mío! yo os ruego
que no obliguéis a Cornelia
a un himeneo funesto.

CAYO ¿Por qué?

VAL. ¡Ay de mí! Bien quisiera
decíroslo; mas no puedo.

CAYO Habla.

VAL. Imposible.

CAYO No temas.

VAL. ¿Pero vos me prometéis
guardar secreto?

CAYO Me afrenta
tal duda.

VAL. Oíd, pues. Mi hermana
es cristiana.

CAYO ¿Y tú?

VAL. Como ella,
cristiano también

CAYO Y yo.
Hermano mío, paz sea
contigo. *(Se dan la paz en el rostro.)*

VAL. Y con tu alma.
¡Oh, qué bondad tan inmensa
la de Dios, que me concede
un lenitivo a mis penas
en vos! Ahora que sabemos
que una fe y la misma Iglesia
es nuestra madre, podréis
estorbar esa funesta
pasión de Antonio a mi hermana.

CAYO ¿Pero qué importa que sea
cristiana? ¿Es acaso obstáculo

para casarse?

VAL. Si fuera
ese único inconveniente...
¿Pero ignoráis que Cornelia
es virgen que consagró
su castidad, con promesa
que ni la muerte quebranta?

CAYO ¡Oh suerte mía funesta!

VAL. ¿De qué os lamentáis?

CAYO Escucha,
Valerio, quiero que sepas
por qué razón me lamento,
pues no son vanas mis quejas.
Tiempo hace murió por Cristo
el autor de mi existencia:
la aureola de los mártires
ciñe su augusta cabeza.
Yo era entonces casi niño;
mas la voluntad postrera
de mi padre se grabó
aquí con profunda huella. *(Indica el pecho.)*
El delator de mi padre,
el padre de Antonio era;
odios viejos de familia
y sentimientos de hiena
le impulsaron a esta acción.
En el foro, la sentencia
de muerte se fulminó
contra mi padre. A las fieras
fué condenado, y en vano
pedí verlo; con firmeza
se me negó. Mas Dios quiso
que, estando junto a las termas
de Tito, viera a mi padre,
por una vil soldadesca
conducido y maniatado.

Sin que nadie lo impidiera,
llego y abrazo a mi padre,
y el mártir, con entereza,
me dice: — «Hijo, ¿me prometes
que cumplirás mi postrera
voluntad?» — «Lo juro, padre»,
contesto, y él, con voz trémula
por los sufrimientos, dice:
— «Hijo, perdona de veras
a mi delator. Él es
quien me mata, y esta ofensa,
tú, si quieres ser mi hijo,
pagarás de esta manera:
procura su conversión,
y ésta tu venganza sea.
También quiero que a su hijo
Antonio tu amor se extienda.»
— «Os lo prometo», le dije.
— «Gracias, hijo», me contesta,
y me da el último beso.
Al otro día, en la arena
del anfiteatro vi
a mi padre por las fieras
despedazado, y su alma
ciñó la inmortal diadema.
Desde entonces procuré
cumplir mi filial promesa.
Pero ¡ay! el padre de Antonio
murió de muerte violenta
a manos de un asesino.
Dueño su hijo de una herencia
muy rica y de un nombre ilustre,
fué el joven más calavera
de esta Roma corrompida.
Sus amorosas empresas
en un trance le pusieron

peligroso y pereciera
en él, a no llegar yo.
En una calle desierta
de la Suburra vi un día
un grupo, en ruda pelea
mezclado, y reconocí
que Antonio, solo, sin fuerzas
para resistir a tres,
moriría. A su defensa
me lanzo, y los asesinos
a una fuga indigna apelan.
Cuando, pasado el peligro,
reconoció Antonio que era
yo quien le había salvado,
me dijo con lengua incierta:
— «Mi padre llevó a la muerte
al tuyo, y aquella ofensa
¿tú me la pagas así?»
— «Yo pago de esta manera»,
contesto, y le abro mis brazos
y mi corazón. Se estrechan
nuestros cuerpos y almas juntos,
y una amistad pura, eterna,
que no quebrará la muerte,
empezó entonces. De ella
me sirvo para traerlo
a nuestra fe verdadera;
mas ¡ay! los suaves placeres,
como doradas cadenas,
lo tienen sujeto. Él es
una riquísima piedra
envuelta en viles escorias.
Yo quiero sacarlo de ellas,
y ahora la ocasión tenía
en el amor de Cornelia,
porque mueve más al hombre

sólo una lágrima tierna
de su esposa, que razones
que un soplo de viento lleva.
Con esta ocasión contaba,
y en vano conté con ella;
pues me roba mi esperanza
la castidad de Cornelia.
Dios dispuso fuera suya;
lo quiere Él... ¡Bendito sea!

VAL. Vuestra situación comprendo,
siento vuestra amarga pena;
pero vos ya comprendéis
que es un deber de Cornelia
guardar su pureza, y temo
que sin vuestra ayuda...

CAYO Cuenta
con mi apoyo.

VAL. Dios os pague
vuestra caridad.

CAYO ¿Y piensas
que Antonio olvide a su esclava?

VAL. No.

CAYO Pues entonces...

VAL. Una extrema
resolución es precisa.

CAYO No te comprendo.

VAL. Cornelia
peligra en este lugar.
(Indica la casa de Antonio.)
Débil mujer, ella tiembla
por su constancia, y Antonio
le roba el alma. Pelea
consigo misma, y al cielo
incesantemente ruega.
Huye de Antonio; mas ¡ay!
el corazón se le queda.

Su voluntad se resiste,
y la pasión se subleva.
Ella me lo ha declarado
llorando. ¿Qué haré por ella?
De casa de su señor
huir por siempre quisiera;
mas ¡ay triste! ¿a dónde irá?
si quince días apenas
hace que aquí estamos? Nadie
nos conoce. De muy luengas
tierras de Egipto venimos.
Teníamos grandes riquezas;
mas fuimos esclavizados
en aquella ruda guerra
contra el tirano Aquileo,
que pretendía ser césar.
Nuestra libertad perdimos,
pagando culpas ajenas.
¡Ah, Cayo! por el afecto
a nuestra común Iglesia,
por el respeto a sus vírgenes,
por el amor que profesas
a la pura Virgen Madre,
sé guarda de la pureza
de mi hermana, que peligra.
Sálvala, quítala de esta
ocasión. Si amas al prójimo,
muéstralo ahora en Cornelia.
Aunque es una pobre esclava,
de su libertad es dueña;
pues todos nacemos libres,
y el alma no se sujeta.

CAYO ¡Ah, Valerio! tú no sabes
en qué situación violenta
me has puesto. Libertaré
de este peligro a Cornelia,

pues me dicta la conciencia
que así lo haga. ¡Pobre Antonio!
desesperación violenta
se apoderará de su alma...
Como vengativa fiera
herida en el corazón,
rugirá... En mí tiene puesta
su confianza... Su amor
por mí poseer espera...
¡Y yo, traidor, se lo quito!...
Valerio, ¿no consideras
que hacer traición a mi amigo
es una traición muy negra?

VAL. No es traición.

CAYO Mas lo parece.
Y aunque en verdad no lo sea,
cosa es tan abominable
que basta que lo parezca.
Pero... pasaré por todo...
y... decíamos que... ¡sosiega,
corazón mío... no grites!
decíamos que Cornelia...

VAL. Hay que salvarla.

CAYO Es verdad.
Hoy mismo, antes que anochezca,
estará en mi casa, y tú
la traerás.

VAL. ¿Y las señas?

CAYO Vía Sacra, junto al arco
de Tito y a mano izquierda,
mirando al Anfiteatro,
donde el Palatino empieza (1):
dos palacios a los lados,
y es de modesta apariencia.

VAL. Perfectamente, allí iré;
bien marcadas son las señas.

CAYO ¿Y podréis salir?
VAL. ¡Ah, sí!
Tiene confianza entera
Antonio en nosotros. Ahora
¿informaréis a Cornelia
de la fuga?
CAYO Así lo haré.
VAL. Vamos, pues, que mi amo espera.

ESCENA VIII

TIBERIO

TIB. ¡Lo escuché todo, Cayo aborrecido!
La venganza cruel que he de tomar
tú me la has sugerido:
a manos de tu amigo más querido
morirás, y un puñal te ha de matar
que blandirá una mano
engañada por mí.
Sé que esto es muy feroz, muy inhumano,
mas yo me vengo así:
¡caiga después el cielo sobre mí!

ESCENA IX

TIBERIO y MOMO

MOMO O yo estoy entre dos luces,
o el vino me ha trastornado,
o no sé lo que me digo,
o aquí hay gato encerrado.
TIB. ¿Estás borracho?
MOMO No sé.

TIB. Hablas cosas sin sentido.
MOMO Lo que ahora acabo de ver
a hablar así me ha movido.
TIB. Grave noticia será.
MOMO Ello es cosa baladí:
cuchicheo y encerrona.
TIB. No te entiendo.
MOMO Pues, yo sí.
TIB. Háblame claro, bufón.
MOMO Oye y pásmate. ¡Atención!
Vi con Antonio a Cornelia.
Él parece la informaba
de cierto asunto, en que Cayo
a menudo se nombraba.
Después llegó Cayo, y mi amo
lo entró en una habitación
con la esclava, y se quedaron
los dos en conversación.
TIB. La encerrona y cuchicheo
sé a dónde van a parar.
MOMO ¿Te lo ha revelado acaso
algún genio familiar?
TIB. Lo he oído sin querer.
MOMO Por supuesto.
TIB. Es un traidor
Cayo.
MOMO ¿A quién?
TIB. A tu amo Antonio.
Cayo es un vil seductor
de Cornelia; y tu amo, necio,
por él se deja engañar.
Cayo y Cornelia se entienden.
MOMO ¡Fuego de Plutón! ¡qué par!
¡Fíate del agua mansa!
¡Qué cándido es mi señor,
pues cree a Cayo su amigo

y ha resultado un traidor!
¿Y esa carita gazmoña,
Cornelia de mis pecados,
tan bribona es? ¿tan hipócritas
esos ojitos velados?

TIB. ¿Quién había de pensar?

MOMO Yo bastante lo pensé
al verla tan modestita,
y mirad si me engañé.
Cuando veo a ciertas gentes
que llevan medio entornados
los ojos, digo: Santo eres,
y si no, truhán redomado.
Y como en aquestos tiempos
y en este pícaro mundo
lo primero no sucede,
siempre creo lo segundo.
Yo soy bribón como todos.

TIB. No todos son malos.

MOMO ¿No?
Los que parecen mejores
son más bribones que yo.
Mira si no a nuestro Cayo,
más casto que una vestal:
aquel ídolo de Antonio,
aquel tipo espiritual,
y mira qué puntos calza
el incensado idolillo;
en verdad que ha dado muestras
de ser soberano pillo.
Y ahora, como no peco
de reservado, diré
a mi amo lo que pasa,
a riesgo de un puntapié.

ESCENA X

Dichos, Antonio, Cayo y Valerio

(Atraviesan la escena Cayo, Antonio y Valerio sin reparar en Momo y Tiberio.)

Ant. ¿No me das esperanza?
Cayo Ya veremos.
Ant. ¿Cornelia cederá?
Cayo Por ahora nada
puedo decirte.
Momo *(A Tiberio.)* Hablan de Cornelia.
Tib. ¡Y se lo traga todo!
Momo Es tragaldabas;
verás cuando lo sepa.
Ant. ¿Volverás?
Cayo Sí, Antonio, volveré.
Ant. ¿Cuándo?
Cayo Mañana.
Ant. ¡Hola! Valerio, ve con él. Salud,
Cayo.
Cayo Salud, amigo. *(Saliendo, ap. a Valerio.)*
Sin tardanza,
con tu hermana vendrás.
Val. Sí. *(Salen.)*

ESCENA XI

Antonio, Momo y Tiberio

Ant. *(Repara en Tiberio.)* ¡Ah, Tiberio,
tan solo aquí!
Tib. No importa.

MOMO ¿No soy nada
por ventura, señor? ¿O mi persona
es vapor? ¿Soy acaso algún fantasma?
TIB. Con Momo se está alegre.
MOMO Pues a fe
que tengo humor de perros.
ANT. ¿Qué te pasa?
MOMO ¿Qué me pasa?... ¡Qué os pasa, preguntadme!
ANT. ¿Qué es ello?
MOMO ¿No sabéis que es un gran maula
vuestro gran amigazo, vuestro Cayo?
ANT. ¡Oh infame! ¡Calla!
MOMO Es un traidor.
ANT. *(Le da de coces y pescozones.)* ¡Calla!
MOMO ¡Ay!
ANT. Bribón. *(Momo corre en todas direcciones acosado por su amo.)*
MOMO *(Ap.)* ¿Quién me libra de esta lluvia?
ANT. ¡Infame!
MOMO *(Ap.)* ¡Cómo escuecen las patadas!
(Alto.) Cayo...
ANT. ¡No me lo nombres!
MOMO *(Ap.)* ¡Cómo arrecia!
(Alto.) ¡Ay!... ¡que me voy a pique por las
Cayo es muy bueno. (bragas!
ANT. ¡Vete!
(Lo arroja a puntapiés.)
MOMO ¡Retebueno!...
ANT. ¡Vete al momento!
MOMO *(Ap.)* Lo que deseaba.
(Sale dando tropezones.)

ESCENA XII

Tiberio y Antonio

Ant. ¿No es bueno que este bufón
maldito, en todo lo que habla
hoy, se ha propuesto injuriar
a Cayo?
Tib. Pues, le sobraba
ahora razón.
Ant. ¡Cómo!
¿Has dicho?...
Tib. No he dicho nada,
pues veo que no haréis caso.
Ant. ¿Qué dices, Tiberio? ¡Habla!
Tib. Sé que mejor os sería
que ignorarais esta infamia;
pero soy amigo vuestro
y debo manifestarla.
Contra mí os desataréis
en denuestos y amenazas.
No me creeréis. No importa:
os diré la verdad llana.
Ant. Ese preludio tan grave,
ese lenguaje me espanta.
Tiberio, nada me ocultes;
di lo que sepas. ¿Qué pasa?
Tib. Yo sé que amáis a Cornelia,
y sé que ella no os ama.
Y quien os roba tal dicha
es...
Ant. ¿Quién? ¡Di!
Tib. Es Cayo.
Ant. ¡Calla...
calumniador!

TIB. *(Hace ademán de irse.)* Dispensad;
me voy. *(Antonio le agarra de la toga.)*
ANT. ¡No te irás, canalla!
Quiero que esto se compruebe!
Tu afirmación no me basta!
Quiero verlo con mis ojos!
¿Tú no sabes que me arrancan
esas calumnias infames
la felicidad del alma?
¡Miserable! Tu calumnia
quiero verla comprobada.
TIB. *(Ap.)* Soportarlo me conviene
para enredar bien mi trama.
(Alto.) Porque os quiero, disimulo
tan afrentosas palabras.
Cuando sepáis la verdad,
no me diréis eso.
ANT. *(Impaciente.)* ¡Habla!...
TIB. Ha poco por aquí mismo
solitario paseaba
y oí murmullos secretos.
En ellos se barajaba
vuestro nombre. Presté oído,
y escuché tras de esas ramas.
Valerio, el esclavo vuestro,
y Cayo, entre sí trataban
de robaros a Cornelia.
Ella, decían, amaba
a Cayo con frenesí.
ANT. ¡Tiberio!...
TIB. Escucha con calma.
Y, claro, queriendo a él,
a ti, Antonio, despreciaba;
por esto Cayo desea
robártela de tu casa.
(Antonio se arroja sobre Tiberio y le echa las

manos al cuello. Tiberio pugna por separarlo, poniéndole las manos en los hombros.)

ANT. ¡Infame!... ¡Mientes!... ¡Tú mientes!...
¿Mi amigo traidor?... ¡Oh rabia!...
¡Tú mientes!...

TIB. Te lo haré ver.

(Se separa Antonio.)

ANT. ¿Qué?

TIB. Sí; verás tu desgracia.

ANT. ¿Qué?... ¿Tú?... ¿Tú me lo harás ver?

TIB. Ahora mismo tu esclava
Huirá de ti e irá,
junto con Valerio, a casa
de Cayo. Tú lo verás
esta misma tarde.

ANT. ¡Calla!
¡No es cierto!

TIB. Lo veremos.

ANT. ¡Oh, cállate, que me matas!
Di, Tiberio, que es calumnia
lo que cuentas; dime que hablas
por engañarme... ¡Tiberio!
¡dímelo!...

TIB. No. Por desgracia,
es certísimo. Esperemos
a que se marche la esclava,
y tú y yo, con cuatro siervos,
la seguiremos. A casa
de Cayo irá; seguiremos
nosotros, y la venganza
podrás tomar de los dos.

ANT. ¡Oh furias! ¡Oh negra infamia!
¿Cayo traidor?... ¿Cayo?... ¿Él?...
¿Traidor mi amigo del alma?
¿Es Cayo, Tiberio, es Cayo?

TIB. ¿Cómo?... ¿y aun dudas?

ANT. ¡Oh rabia!
Y ella, mi esclava Cornelia...
TIB. Ella, por Cayo, no os ama;
y él os tenía engañado.
ANT. ¡Los dos... mis dos esperanzas
morirán!... Y después yo
¡me mataré!
TIB. ¡Antonio!
ANT. El alma
que su esperanza ha perdido
ha de sucumbir.
TIB. Ten calma.
Antonio estás delirando.
ANT. Moriré con mi esperanza.
¡Y tú, cruel, me la quitas!
TIB. Crueldad fué, mas necesaria;
cumplí como fiel amigo.
ANT. ¡Ay, Tiberio, que me matas!

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La venganza frustrada

Habitación de la casa de Cayo. Puertas practicables al fondo e izquierda. Muebles sencillos. De las paredes penden algunas armas, como espada, escudo, lanza, morrión, etc.

ESCENA PRIMERA

CAYO, VALERIO, EMILIO y LEVIO

(Cayo habla al fondo con Valerio, que está fuera de la escena, al otro lado del dintel, pero visible a los espectadores.)

CAYO Ve con ella, Valerio.
VAL. Dios os pague
el favor que me habéis hecho.
CAYO Bueno, basta.
Segura está Cornelia por ahora;
a Dios dale las gracias y no a mí.
Ahora tú con tu hermana quedarás
y yo con estos amigos que me esperan.
VAL. Bien, Cayo. Dios os guarde.

ESCENA II

CAYO, LEVIO y EMILIO

CAYO El asunto es hecho, amigos:
está Cornelia salvada.

EMI. ¿La virgen que nos decías?
CAYO Sí. No he querido que entrara
aquí, porque ella desea
que permanezca ignorada
esta acción.
EMI. Es la virtud
enemiga de alabanzas.
CAYO Emilio, dile al Pontífice
Marcelino, que una esclava
que es virgen de Jesucristo
la tengo oculta en mi casa,
y que, por tanto, se cuente
en mi distrito.
LEV. Es cristiana
y tal honor se le debe.
CAYO Y ya que está terminada
mi ocupación, ¿no veníais
con asuntos?...
EMI. De importancia
Ya sabes que ha comenzado
la persecución cristiana.
CAYO Sí.
EMI. Pues bien; nuestro Pastor
Marcelino nos encarga
exhortar a los cristianos
a prepararse.
LEV. Mañana
regará el Anfiteatro
la primer sangre cristiana.
CAYO ¡Felices ellos!
LEV. ¡Felices!
EMI. Sí, dichosos los que marchan
de este mundo coronados
con la victoriosa palma
del martirio.
CAYO ¿Y esta suerte

no hemos de poder gozarla?

EMI. Escucha, Cayo. El Pontífice,
por nuestra boca te manda,
a ti y a todo cristiano,
que no hayamos demasiada
confianza en nuestras fuerzas,
porque sin Cristo son flacas.
La persecución huyamos,
y no sea temeraria
nuestra fe. Mas si caemos
en las manos sanguinarias
de nuestros perseguidores,
mostremos grande constancia.
No nos arredre el tormento,
los garfios ni las tenazas,
el fuego ni los leones,
que ellos han de ser escala
para subir allá arriba

CAYO ¿Y dijiste que mañana
nuestros hermanos?...

EMI. Sí, Cayo.
Veremos ensangrentada
la arena por nuestros mártires.

LEV. Dicen que de Mauritania
llegaron panteras y osos
para el objeto. Las jaulas
de las fieras están llenas;
los *venatores* (2), sus guardas,
las privan de la comida,
para que hambrientas mañana
despedacen a sus víctimas.
Grandes fiestas se preparan
en el vasto Anfiteatro;
un gladiador de Germania
con el reciario (3) cipriota
dará singular batalla;

muchas apuestas se cruzan;
luchas muy encarnizadas
se trabarán bajo el *Podium* (4);
y cuando ya estará harta
de tanta sangre la arena,
aun correrá en abundancia
de las heridas del mártir.
Porque la gente romana
tiene tanta sed de sangre,
que cuando el puñal se cansa
de matar, cuando a las fieras
se les embotan las garras,
cuando la empapada arena
parece que dice: «¡basta!»,
todavía ruge el pueblo:
«¡Sangre, sangre!... ¡Más matanza!»

CAYO El Imperio caerá;
tanto crimen, crueldad tanta
no pueden quedar impunes.
¡Pobre Roma! Sepultada
te verás en tus escombros.

LEV. Y para que no falte nada
en tales fiestas, llegaron
del Asia Menor, de Tracia,
de Atenas y de Corinto
impúdicas cortesanas,
que por la vía Patricia (5)
tiendan sus redes.

CAYO ¡Qué infamia!

LEV. ¡Y esos hombres corrompidos,
ésos, de infames nos tachan!

EMI. ¿No sabes que la mentira
fué siempre la mejor arma
de nuestros perseguidores?
La calumnia es una baba
de venenoso reptil

con la que las flores aja;
pues es una flor marchita
una virtud calumniada.

LEV. Pero ¿qué crimen han hecho
los cristianos? ¿Por qué causa
se les persigue? ¿Es un vicio
la virtud? ¿Es una infamia
la castidad? ¿Es traición
conservar la fe jurada?

CAYO ¡Cuántas veces ha querido
nuestra religión cristiana
atraer a nuestra fe
a las gentes extraviadas
por las tinieblas del vicio
o del error; mas, ingratas,
ellas nos han perseguido!

LEV. Siempre ha sido la ignorancia
enemiga de la luz.

CAYO Y las funciones sagradas
¿dónde se celebrarán?

EMI. En las catacumbas.

LEV. Vanas
serán todas las pesquisas
que en aquel recinto se hagan
para encontrarnos. Las criptas
ofrecen segura guarda,
con su obscuro laberinto,
a la religión cristiana.

EMI. Limpios ya los corredores
y luciendo muchas lámparas (6)
de trecho en trecho, desde hoy
las criptas son nuestra casa.
Allí el sueño de los justos
duermen en profunda calma
muchos mártires que esperan
reunirse con sus almas.

CAYO Al ver nuestras catacumbas,
esos miles de intrincadas
callejuelas que se cruzan,
esas tumbas hacinadas
donde moran tantos mártires,
se me llena de esperanza
el corazón. ¿No parece
esa Roma subterránea
una fecunda semilla
que yace allí soterrada
para que renazca de ella
después la Roma cristiana?

LEV. Esperanzas muy hermosas,
pero tal vez sean vanas.
¿Tú dices cristiana Roma?
¡si su corrupción es tanta
y le debe tanto al cielo!
Mira esta gran cortesana.
Mira cuál hierven sus calles
de pueblo inmenso, cuya ansia
es sólo de sangre y vicios...
Contempla esas oleadas
que sorbe el Anfiteatro
en sus inmensas entrañas;
y después que las ha hartado
de noble sangre cristiana,
cual si a náuseas le movieran,
cómo torna a vomitarlas (7).

CAYO Mira tú esa inmensa turba
de cristianos y cristianas,
que por ocultos parajes
y por sendas ignoradas
entran en las catacumbas,
y ruegan por Roma ingrata.

LEV. Y ella, en cambio, nos entrega
a las fieras sanguinarias

y arroja nuestros despojos
a las inmundas cloacas.

EMI. ¡Oh, no! Hemos de procurar
que no se consume tanta
maldad. La sangre preciosa
y las reliquias sagradas
de los mártires cristianos
que van a morir mañana,
aunque corramos peligro
tenemos que rescatarlas.

CAYO ¿Iréis al Anfiteatro?

EMI. }
LEV. } Iremos.

EMI. ¿Y tú?

CAYO Mañana
iré también.

EMI. Ya hemos dado
sextercios (8) en abundancia
a lanistas (9) y empleados
del Anfiteatro para
que nos dejen los despojos
de los mártires. Hay varias
camillas, redomas, vasos
y esponjas para empaparlas
en la sangre de los mártires
por nuestra fe derramada.

LEV. A la cárcel Mamertina (10)
hay que llevar la sagrada
Comunión. El carcelero,
mediante una buena paga,
nos dejará entrar.

EMI. Y el tiempo urge.
Cayo amigo, hasta mañana;
es preciso separarnos.

CAYO ¿Os veré, pues, en las gradas
del Anfiteatro?

LEV. Sí.
EMI. Antes, por la Vía Sacra (11)
pasaremos.
CAYO Ya os veré.
EMI. Sobre todo, mucha calma
y evita...
CAYO No hayáis cuidado.
LEV.
EMI. } Paz contigo.
CAYO Y con vuestra alma.

ESCENA III

CAYO

CAYO ¡Oh, qué afán del infame gentilismo
por borrar de la tierra a los cristianos!
Se fatigan en vano.
El cruel paganismo,
como ligero polvo y sutil tamo,
desaparecerá. Va a sucumbir
muy pronto. Su agonía
se acerca ya; y, al acercarse, ansía
matar a quien así le hace morir.
Nos persiguen sin tregua. ¡Cuántos fieles,
por temor a verdugos tan crueles,
han de perder su fe!
¿Y yo, Dios mío, acaso moriré?
¡Ah!... ¡feliz si tuviera aquesta suerte!
¡Oh, qué dichosa muerte!
Mas ¿qué digo?... ¡Ay de mí,
si aun no he cumplido lo que prometí!
aun no se ha convertido
Antonio, ese amigo tan querido.
¡Oh, cómo estará ahora,

cuando advierta la fuga de su esclava,
a quien él tanto amaba!
¡Y yo se la he quitado!
¡Deber cruel, que a tal me has obligado!

ESCENA IV

Cayo y Paulo

Cayo ¡Hola! ¿qué traes de nuevo?
Pau. Una noticia, amo mío.
Cayo ¿Qué es ello, Paulo?
Pau. No es cosa.
Que os guardéis de este peligro
que os amenaza. Veturio (12),
el general del ejército,
procura indagar astuto
si hay seguidores de Cristo
entre las tropas, y a vos,
que sois tribuno, os suplico
que tengáis cuidado.
Cayo Gracias,
Paulo.
Pau. ¿Sabéis, amo mío,
qué estoy pensando?
Cayo ¿Qué piensas?
Pau. Ello será un desatino;
pero, en fin... allá va.
Cayo Venga.
Pau. Cruelmente perseguidos
somos los fieles; no obstante,
como espuma hemos crecido.
Hay millones de cristianos,
y nos llevan al suplicio
como corderos, y palos

y más palos, y sufrimos;
y en el ejército hay muchos
soldados; ¡pero muchísimos!
que son cristianos y callan.
Se dejan matar por Cristo...
Y el césar Constancio Cloro
y su hijo Constantino
protegen a los cristianos...
Pues, ¡vive Cristobalillo!
¿por qué no hacemos mondongo
con esa piara de pillos
que el Imperio tiranizan?
Elíjase a Constantino,
a quien todo el mundo adora,
y que es del Imperio digno,
y acábese tanta infamia...
¿Qué?... ¿Por ventura no es lícito
destituir a los príncipes
si abusan del poderío?

CAYO Es lícito si se puede,
y se espera feliz éxito.
Mas ahora es dudoso, y luego
nos ha dado ejemplo Cristo
de sufrir a los verdugos,
y hemos de imitarlo.

PAU. ¡Digo!
demasiado lo imitamos;
y además, Cristo era Cristo,
y yo soy...

CAYO ¡Calla blasfemo!
¿Has recibido el bautismo
y aun hablas de esta manera?

PAU. ¡Ah, perdonadme, amo mío!
Me he ido por los extremos.
Pero no sé lo que digo
cuando pienso ciertas cosas...

y en verdad, el trono digno
del tirano ser debieran
las letrinas.

CAYO ¡Vengativo!

PAU. No es venganza, que es justicia.
¡Ay, en el día del juicio,
los que ahora rigen el mundo
cómo andarán tamañitos!

CAYO En fin, deja esos asuntos,
porque pierdes los estribos;
y dime si has arreglado
la habitación.

PAU. Sí, ya está.

CAYO ¿Y Cornelia?

PAU. Un poco triste,
pero ya se alegrará
Yo no puedo comprender
de qué viene esa tristeza.
¿No ha logrado, al fin, salvar
su virginal entereza?

CAYO Sí, mas para ello sostuvo
con su corazón pelea,
y el corazón gime cuando
le quitan lo que desea.
Y aun cuando esté la razón
al corazón sujetando,
él se sujeta, es verdad,
mas se sujeta llorando;
y es preciso perdonarle
esta natural tristeza,
pues siendo de carne flaca
ha de sentir su flaqueza.

(Aparecen al fondo Antonio, Tiberio y Momo con esclavos.)

PAU ¿Y Valerio?

CAYO Con su hermana

ANT. *(Ap.)* Los dos son ya presa mía.

PAU. ¿Sospecha Antonio de vos?
CAYO No, porque de mí se fía.
ANT. *(Al paño.)* ¡Oh amigo falso y traidor!
TIB. *(Al paño.)* ¿Os engañé?
PAU. Ya veréis
como olvidará ese amor.
CAYO ¡Pobre Cornelia! Por fin,
su deseo logró ya.
PAU. Bajo de vuestra custodia,
de Antonio segura está.
CAYO Sí, Paulo, ya está segura
de aquel frenético amor.
Cornelia aquí, en nuestra casa,
puede vivir sin temor.

ESCENA V

CAYO, PAULO, ANTONIO, TIBERIO, MOMO y esclavos

ANT. ¿Está segura Cornelia?
Eres hombre de provecho.
Sabes robarme mi esclava
ayudado de Valerio.
Mas tú, y Valerio, y Cornelia
habéis caído en el cepo.
A Cornelia y a su hermano
asegurados con hierros
los tengo ya. No supiste
guardar a Cornelia. A tiempo
supe el rapto de mi esclava,
y, al entrar aquí, la veo
con su hermano. ¿Está segura,
Cayo, la esclava? Por cierto
que ahora no escapará.

CAYO Escucha, Antonio.
ANT. Di presto
que corre prisa.
CAYO Te engañan
las apariencias.
ANT. Tiberio,
¿serán acaso apariencias
lo que con mis ojos veo?
CAYO Antonio, tú me condenas
sin oirme.
TIB. ¡Calla, necio!
¿Aun te atreves a negar
lo que se ve manifiesto?
CAYO ¡Oye, Antonio, por piedad!
ANT. Pronto, no hay que perder tiempo,
que el de tu muerte se acerca.
CAYO ¿Muerte y de ti?
MOMO Tiene miedo.
ANT. Despacha pronto. Esto es
lo último que te concedo.
MOMO Con el condenado a muerte
hay que tener miramientos.
PAU. ¡Pero no, estando yo aquí!
¡Vive Dios, que!... *(Coge una espada.)*
CAYO Paulo, quieto.
(Se apacigua Paulo.)
MOMO *(Ap.)* ¡Qué bravucón es, recórcholis!
pues yo con él no me meto.
CAYO Traje a tu esclava conmigo
para librarla del riesgo
de perder su castidad.
MOMO *(Ap.)* ¡Qué piadoso cancervero!
Y mi amo se fió de él.
CAYO Ella te amaba en secreto,
mas había consagrado
su virginidad al cielo,

y creyó que solamente
la conservaría huyendo;
y acudió a mí...

ANT. Bien lo tramas.

CAYO ¿No me crees?

ANT. Sí, te creo.
¡Si eres hombre tan veraz,
si sabes trazar enredos,
que embaucan al más astuto!
Mas todo se ha descubierto.

CAYO ¡Antonio!

ANT. *(Impaciente.)* Basta ya.

CAYO Óyeme
una palabra.

ANT. Acabemos.

CAYO Escucha, yo te libré
de la muerte; yo te quiero
más que a mí mismo. ¡Oh Antonio!
si es que este mi amor inmenso
se merece ser creído,
¡ay! no me creas que miento.
Verdad parece que yo
robé tu amor. Verdadero
parece mi crimen. ¡Ay!
¿y la amistad que te tengo
no parece más verdad
que estos engañosos hechos?
Y aunque amistad y traición
te parezcan verdaderos,
cree más a mi amistad
que a la traición.

ANT. Sí, te creo.
Aun más: yo contribuiré
a que cumplas tus deseos.
Tú querías libertar
a Cornelia del gran riesgo

que corría de perder
su virginidad: ¿no es cierto?

CAYO Sí.

ANT. Pues bien; procuraré
que se cumplan tus deseos.
Los dos queríais ser vírgenes
y lo seréis en efecto.
Castidad queréis guardar
y castidad guardaréis:
y eso a mí lo deberéis,
porque yo os he de matar.

CAYO ¡Antonio, oye!

ANT. Se acabó.
¡Esclavos, hola, prendedlo!
y a su liberto también.
(Dos esclavos y Tiberio se arrojan sobre Cayo y le sujetan sin resistencia. Momo y el otro esclavo se arrojan sobre Paulo; pero éste coge una espada y se pone en guardia. Momo retrocede y se apoya en la pared para no caer.)

PAU. ¿Cómo? ¿A nosotros prendernos?
No será así, ¡vive Dios!
que antes que lleguéis!...

MOMO No llego.

ANT. ¡Cobardes!

MOMO ¡Uf, la espadita!...

ANT. ¡Cógelo!

MOMO No sé qué tengo;
que me ha dado una parálisis
de ver desnudo ese hierro.
¡Ay!... No me puedo mover! *(Tiembla.)*

ANT. Sujetadlo.

PAU. ¡Atrás! *(Los rechaza con la espada.)*

CAYO Teneos;
es inútil la defensa.
Deja la espada, liberto.

(Deja la espada Paulo y le sujetan. Cuando está sujeto, le echa la mano Momo con aire de triunfo.)

MOMO Gracias a mi valentía,
ya le tenemos sujeto.
PAU. ¡Cobardes! ¡Seis contra dos!
MOMO No te muevas, majadero! *(Pausa.)*
ANT. Cayo, atiende, hablemos claro,
ahora que ya estás sujeto.
He venido aquí a matarte;
morirás, tenlo por cierto;
mas antes di la verdad,
confiésame el rapto... ¡Luego...
confiésalo!
CAYO Ya lo dije.
ANT. ¡No mientas, traidor!
CAYO No miento;
¡Ah, créeme, amigo mío!
ANT. ¿Amigo tuyo?
PAU. Creedle.
CAYO ¡Oh vosotros! convencedle.
(A Tiberio y esclavos.)
¡Oye! *(A Antonio.)*
ANT. ¡Calla!
CAYO ¡Desvarío!
¡Ay de mí! ¡Terrible suerte!
No me cree y moriré
a manos de quien amé,
¡que es la más horrible muerte!
¡Oh amigo! por la sabida
amistad que nos juramos
cuando ambos nos abrazamos,
después que salvé tu vida...
ya que mi sangre apeteces
máteme otro, ¡mas tú, no!
No mates a quien te amó,

¡que lo matarás dos veces!

ANT. Cayo, escucha. Tuve yo
un amigo a quien amé;
mi esperanza le fié,
y él, Cayo, me la robó.
Un secreto en que cifraba
toda mi felicidad,
yo confié a su amistad...
¡tanto era lo que le amaba!
Y aquel amigo traidor
¿sabes, Cayo, lo que hizo?
¡Mis ilusiones deshizo,
y me colmó de dolor!
Abusó de mi confianza,
asesinó mi ventura,
y sedujo la hermosura
en que puse mi esperanza.
(Agita a Cayo por el brazo.)
¿Tú sabes, Cayo, quién es
aquel amigo traidor
a quien tuve tanto amor?
Contesta... ¿Sabes quién es?
¿Quién es, di?... Tú lo sabrás.
Miente, miente una vez más.

CAYO ¡Ay triste de mí!

ANT. ¡Tú fuiste!
(Con explosión de ira.)
¡Tú de mi fe has abusado!
¡Tú, tú mi amor me has quitado,
tú mi ilusión destruiste!...
¿Y pides que por mi mano
no te mate?... Di, traidor,
¿por qué robaste mi amor?
Di, ¿por qué fuiste el tirano
de mi ventura?

CAYO ¡Ay de mí!

¡Créeme, Antonio, por piedad!

ANT. ¡Oh hipócrita! ¿tu maldad
tratas de ocultar? ¡Di!...
(Le empuja y saca el puñal de debajo la toga.)
¡Confiésame tu traición!
¡Dime tu amor criminal!
¡Dilo antes que este puñal
sepulte en tu corazón!

CAYO ¡No! ¡Yo no puedo mentir!

ANT. ¿Niegas?

CAYO ¡Oh suerte cruel!

TIB. ¡Acaba luego con él! *(A Antonio.)*

ANT. ¡Oh, infame, vas a morir!...
¡Toma!
(Al ir a apuñalarle, Cayo le sujeta el brazo.)

CAYO ¡Oh!

ANT. *(Forceja.)* ¡Suelta bribón! *(Ruido de pasos.)*

CAYO ¡Dios mío, perdónalo!
(Tiberio sujeta el brazo a Cayo, y Antonio

ANT. ¡Muere! *blande de nuevo el puñal.)*

ESCENA VI

Dichos, CENTURIÓN, ÈLIO, y cuatro soldados

(El Centurión sujeta por detrás el brazo en que Antonio tiene el puñal.)

CEN. ¡Alto aquí todos!... ¡Atrás!
(Aparta a los esclavos y se apodera de Cayo. Los soldados le rodean.)
¡En nombre de Maximiano
daos preso! *(A Cayo.)*

ÈLIO Sois cristiano.

CAYO Lo soy.

TIB. *(Ap. a Antonio.)* Se escapa.

ANT. *(Ap.)* ¡Jamás!

(Antonio quiere arrojarse de nuevo sobre Cayo, pero los soldados y el Centurión lo impiden.)

CEN. ¡Alto! *(Detiene a Antonio.)*
ANT. ¡Yo lo mataré!
¡Es mi enemigo!
CEN. *(A Antonio.)* ¿Qué es eso?
¡Hola! ¿Que has perdido el seso?
TIB. *(Ap.)* ¡Ay de mí! ¡No me vengué!
ANT. ¡Cristiano!
CAYO Cristiano, sí.
ANT. ¡Y te escapas de mis manos!
¡Él también de esos cristianos!
CAYO Y que va a morir por ti.
¡Oh gracias, gracias, Dios mío!
ya no moriré a las manos
de mi amigo.
PAU. Yo cristiano
soy también.
MOMO ¡De dos en dos!
¡Uf, cómo cunde esa peste!
CEN. ¡Hola! También tú vendrás
con nosotros. Aun hay más,
puesto que, además de éste,
hemos hallado otro par
maniatados allá abajo.
Antonio, me ahorras trabajo
de tenerlos yo que atar.
ANT. ¡Oh, mi esclava! Centurión,
vuélvemela.
CEN. ¿A qué exigir
tu esclava? Ella ha de morir;
lo manda el emperador.
TIB. *(A Antonio.)* De los que te han engañado
no puedes vengarte ya;
tal vez ella morirá
en los brazos de su amado.

CEN. ¡Ea, en marcha!
CAYO Antonio, adiós;
de ti me voy suspirando,
pues me crees..
CEN. *(Interrumpe.)* ¡Ea, andando!
Basta de charla. *(Salen.)*

ESCENA VII

TIBERIO, MOMO, ANTONIO y esclavos

ANT. ¡Los dos...
los dos huyen de mis manos!
MOMO Por cierto, impensada huída.
ANT. Hados de mi triste vida,
¿por qué sois tan inhumanos?
Sin amor, sin amistad,
sin venganza... ¡Cruda suerte!
¿Y no hay quién me dé la muerte
o es que ella no me querrá?...
TIB. Yo seré tu amigo.
ANT. *(Lo rechaza bruscamente.)* ¡No!
TIB. *(Ap.)* El pago de mi venganza.
ANT. ¡Se acabó ya mi esperanza!
Sin ella no vivo yo.
(Se dirige la punta del puñal al pecho, pero Tiberio, que ha previsto la acción por lo que Antonio dice, le sujeta rápidamente el brazo, y luego le ayudan los esclavos a sujetar a Antonio.)
¡No puedo vivir así!
TIB. ¡Tenedlo, furioso está!
ANT. ¡Dejadme! *(Forcejando.)*
TIB. ¡Se matará!
ANT. ¡Ay, desdichado de mí!

TELÓN

ACTO TERCERO

La sangre del mártir

Calle. Izquierda: exterior del Anfiteatro de Flavio, con dos o tres puertas o vomitorios practicables. Fondo: Vía Sacra, con suntuosos edificios y monumentos. Derecha: desembocaduras de dos o más calles, según la capacidad del escenario.

ESCENA PRIMERA

TIBERIO, MOMO y dos romanos

R.º 1.º No lo hubiera creído. ¡También Cayo,
el tribuno esforzado, ha sido preso!
MOMO Era un hipócrita.
R.º 2.º ¡Y Antonio
burlado por su amigo!
MOMO *(A Tiberio que está triste.)* Y tú por Elio.
¿No recuerdas, Tiberio, que ayer tarde
se mostraba solícito en extremo
Elio en averiguar lo del edicto?
TIB. Sí.
MOMO ¿Ves por qué lo hacía?
TIB. Ya lo veo.
R.º 1.º ¿Qué es ello?
MOMO Delató al emperador
a Cayo, y ayer fué cogido preso
el tribuno, cuando iba ya a morir
a manos de mi amo.

R.º 1.º ¡De qué riesgo se escapo!
R.º 2.º ¿Y es posible que el buen Cayo
sea un hombre tan vil? Él era ejemplo
de amistad, de nobleza y pundonor.
MOMO Todo eso por defuera, que por dentro...
era todo al revés. Al fin, los hombres
son todo hipocresía y fingimiento;
como un sepulcro, cuya hermosa lápida
oculta un asqueroso podridero.
Hay un mundo exterior y otro escondido,
y hay hombres con dos caras; en lo externo,
¡qué bondad! ¡qué finura! ¡qué modales!
pero si viereis lo que son por dentro...
Cayo es uno de tantos.
R.º 1.º *(Al 2.º)* ¿Eh? ¿qué tal
el modelo de amigos?
R.º 2.º ¡Se están viendo
cada día unas cosas! ¿Amistad?
¡ca! ¡es un mito! Yo no tengo
a nadie por amigo más que a mí.
MOMO Pues yo, por el contrario, a cuantos veo
los creo muy mi amigos, pero mucho,
y los divierto a todos. Por supuesto,
solamente los tengo por amigos
mientras me dan aplausos o dinero.
R.º 1.º Esa no es amistad.
MOMO Yo así la llamo,
porque con ella ayudo y favorezco
a un gran amigo mío, ¡muy amigo!
R.º 1.º ¿Amigo?... ¿Quién es él?
MOMO Don yo, don *ego.*
R.º 2.º Es amigo leal.
MOMO ¡Don yo, don yo!
Ese sí que es amigo que lo quiero!
Le doy placeres, vino y espectáculos;
pero, ¡qué diantre! nunca está contento,

y quiere más y más. Es insaciable.
Pero, ¿qué tienes, hombre? Habla, Tiberio.
Alégrate, ¡por Baco!

R.º 1.º ¡Bah! disipa
negras melancolías.

TIB. Si no tengo
ninguna cosa.

MOMO Pues ¿por qué te pones
con esa triste cara de mochuelo?
Quien se deja llevar de la tristeza
es como obscura noche del invierno:
el cielo se encapota, el cierzo silva;
se cubre de mortaja fría el suelo...
¿No es cielo encapotado el alma triste?
¿no son cierzo helador tristes recuerdos?
¿no es sudario de nieve la amargura
que envuelve el corazón y lo hace hielo?
¡Hola, ríete un poco!... Salga un rayo
de sol primaveral contra ese invierno;
pues es la primavera la alegría
en un día de sol, puro y sereno.

TIB. Yo no gusto de sol primaveral.
Noche obscura y horrible es lo que quiero;
pero tranquila, sin rumor, sin ruido,
para que se parezca a un cementerio.

MOMO ¡Uf, que lúgubre estás!

TIB. Yo soy así;
mal puedo querer luz, si sólo veo
tinieblas en mi alma, pues has dicho
que noche obscura son tristes recuerdos.

R.º 2.º ¿Luego recuerdos son?

TIB. No me preguntes:
son las penas amigas del silencio.
La multitud inmensa que hoy acude
al grande Anfiteatro, el movimiento
de carrozas, las músicas, los gritos,

me atormentan y turban el sosiego,
y soledad ansío.

MOMO Pues ¿qué haces
aquí? ¿No ves que hoy son un hormiguero
las cercanías del Anfiteatro?

R.º 1.º Todo Roma se junta hoy ahí dentro.

R.º 2.º ¿Y tú, a pesar de tu melancolía,
entrarás con nosotros?

TIB. No, no puedo.

MOMO ¿No quieres ver morir a los cristianos?
pues eres un solemne majadero.

R.º 1.º Escucha: hay diez leones de la Libia,
ya verás cómo mueren con denuedo
los cristianos fanáticos.

TIB. ¿Y Cayo?

R.º 1.º Ahora sucumbirá también con ellos.

R.º 2.º El tribuno es valiente y tiene fuerzas;
será cosa de ver.

TIB. Pues yo no entro.
(Ap.) ¿A qué?... ¿A aumentar, con su gloriosa (muerte,
el horrible martirio que aquí siento?
(Por el corazón.)

MOMO Te vuelvo a repetir que eres un fatuo.

TIB. ¡Momo!

MOMO No hay que tomarlo a mal, Tiberio.
Si no puedes oir la algarabía
de aquí fuera, si no entras ahí dentro,
¿a qué has venido, di?

TIB. Sólo a informarme
de si hoy moría Cayo.

MOMO Eres, Tiberio,
un hombre caprichoso.

R.º 1.º Ya lo sabes.

R.º 2.º Con tu pan te lo comas.

TIB. Yo me entiendo.

(Se oye dentro confuso vocerío, como de inmensa multitud que llena el Anfiteatro.)

R.º 1.º De bote en bote está el Anfiteatro.
R.º 2.º Vamos, que perderemos los asientos.
R.º 1.º ¿Y tú, Momo, no vienes?
MOMO Bien iría,
de bonísima gana.
R.º 1.º Pues ven.
MOMO Pero,
mi amo Antonio me manda estar aquí.
Diz que Cayo y Cornelia serán luego
echados a las fieras, y desea
cerciorarse por mí; y como los reos
que en el Anfiteatro han de morir
por aquí han de pasar, hace que espero
un siglo y no han pasado.
R.º 1.º Vente, hombre;
no los esperes más.
R.º 2.º No seas necio.
Tal vez estarán ya en el *spoliarium* (13).
MOMO Pero podría ser...
R.º 1.º *(Saliendo.)* ¿Qué, vienes?
MOMO Bueno;
echaré solamente una ojeada.
R.º 1.º Amigo, hasta más ver. *(A Tiberio.)*
R.º 2.º Salud, Tiberio.

ESCENA II

TIBERIO

TIB. Salud, salud y paz. Id, alegraos.
¡Gozad mientras yo aquí me desespero!
¡Reíd, reíd, romanos!

¿Qué le importa mi angustia al mundo entero?
(Se oye el rumor de la multitud.)
¡Cuál resuena confusa gritería!
Cuál rugen las pasiones desbordadas
y llegan hasta mí las oleadas
de placer y frenética alegría!
Ríame yo también de mi dolor.
Serán mis carcajadas
una risa exterior.
Mas, ¿qué importa que llore el alma mía?
Si están las dulces lágrimas vedadas
a mis ojos, bueno es que yo me ría.
Morirán en la arena los cristianos
y gozarán muriendo.
Mas yo ¡triste de mí! muero viviendo!
¡Cuánto mejor me fuera
con ellos acabar mi hora postrera!
Pero ¡ay de mí! el remordedor gusano
roerme sin cesar el alma siento,
y al mártir cristiano
no le atormenta cruel remordimiento.
Yo de ellos también fuí,
mas los abandoné,
y ansioso perseguí
una felicidad que no encontré.
¡Yo la dulce venganza apetecí,
creí tener segura ya la muerte
de mi enemigo Cayo; mas su suerte
o mis hados funestos lo han librado;
y yo lo he calumniado,
y a su amigo querido
para siempre lo he hecho desdichado!
¡Ni placer, ni riquezas, ni venganza,
ni amistad, ni esperanza!...
¿Por qué Dios me crió?...
¿Le he pedido existir acaso yo?

ESCENA III

TIBERIO, CAYO, LEVIO, EMILIO, CENTURIÓN, soldados y grupos

(Cayo, Levio y Emilio no reparan en Tiberio. Los soldados hacen andar a Cayo a empujones, pero uno de ellos le mira con lástima.)

CEN. ¡Hola, adelante! ¿Te paras?
¿Tienes miedo a los rugidos
de las fieras?

CAYO ¡Por piedad!
quiero dar a mis amigos
el último abrazo.

S.º 1.º *(Al Centurión.)* Furio,
ya que camina al suplicio,
concedámosle el consuelo
que nos pide.

CEN. Concedido.
Despacha pronto. *(A Cayo.)*

CAYO Muy pronto.
Levio, acércate, y tú, Emilio.
¿Pero estás triste? ¿Qué tienes?
No llores por mi martirio...
Las fieras me esperan. ¡Ah!
¡qué dulce es morir por Cristo!

EMI. Lo sé, mas nos abandonas,
y yo siempre te he querido,
porque eres tan bueno, Cayo...

CAYO ¡Oh! no me adules, amigo!
Escuchad: cuando me muera,
enviaré un beso al sitio
donde estaréis... Mas tú lloras. *(A Emilio.)*

EMI. ¡Oh! no puedo, amigo mío.

¡Cayo, te vas y nos dejas!
S.º 1.º *(Limpiándose los ojos con el dorso de la mano.)*
(Ap.) ¡Por los dioses del Olimpo!
casi lloro yo también;
pero si soy un chiquillo...
Al fin, él fué mi tribuno,
¿pues cómo no he de sentirlo?
CAYO Os miraré desde el cielo.
CEN. ¡Vaya, pronto!
CAYO ¡Levio, Emilio,
el último abrazo! *(Los abraza a la vez.)*
LEV. } ¡Adiós!
EMI. }
CAYO ¡Adíós!
EMI. ¡Cayo, ten buen ánimo;
no temas las fieras!
CAYO ¡No!
¡Muero contento por Cristo!
(Van a entrar por una puerta del Anfiteatro, y Tiberio detiene a Cayo por la túnica.)
TIB. Escucha, Cayo, detente,
¡Mírame! Soy tu enemigo.
Yo soy quien te calumnió,
soy, Cayo, quien ha querido
verte morir a las manos
de Antonio, tu grande amigo.
CAYO ¡Oh!
EMI. }
LEV. } ¡Infame!
S.º 1.º }
CAYO Yo te perdono.
TIB. No finjas, Cayo.
CAYO No finjo.
TIB. ¿Perdonar tú al centurión
de cuya desgracia has sido
el causante?... ¡Miserable!

CAYO ¿Pero qué dices?
TIB. ¿Qué digo?
No te suena bien, por eso
finges que no has entendido.
¿No fuí yo, por culpa tuya,
arrojado del ejército,
cuando a ti te coronaron
de Alejandría en el sitio
a expensas mías?
CAYO Tiberio,
escucha, antes que el martirio
selle mis labios. Yo muero
por seguir la fe de Cristo:
esa Religión tan bella.
(Ap. a Tiberio.) Oye, escúchame al oído.
La Religión que hace tiempo
¡ay, dejaste, pobre amigo!
TIB. *(Ap.)* ¡Ay de mí!
CAYO *(Alto.)* Pues bien, Tiberio,
ahora que voy al suplicio,
contéstame a una pregunta.
¿Puedo ser mártir de Cristo
engañándote y mintiendo?
Mi sangre será testigo
de mi fe, y testigo tal
es testigo fidedigno.
Pues, por mi sangre, Tiberio,
y por aqueste martirio
que ahora sufriré, te juro
que jamás fuí tu enemigo.
Si este juramento es falso,
no hay otro que sea digno
de fe, pues quien así jura
bien merece ser creído.
¿Reconoces ya, Tiberio,
la verdad de lo que digo?

Tú te quisiste vengar
de lo que ofensa has creído,
y que fué casualidad;
tú me quitaste un amigo;
tú, lo que más deseé
me arrebataste...

S.º 1.º *(A Tiberio.)* ¡Maldito!
¡por Marte! que...
(Hace ademán de estrangularle.)

Cayo *(Al Soldado 1.º)* Déjalo.
Tú el puñal has dirigido
de Antonio; pero tu crimen
no se consumó. Dios quiso
libertarme... Y yo, Tiberio,
yo, tu cruel enemigo,
yo, Tiberio, por venganza
sólo un abrazo te pido.
(Va a abrazar a Tiberio, mas éste se aparta, y lo rechaza.)

Tib. ¡Ay de mí!

Cayo ¿Qué? ¿no me crees?

Tib. ¡Ah!

Cayo ¡Un abrazo te suplico!

Tib. ¡No! ¡no! ¡no!... ¡Apártate, Cayo!
¡Aparta, que hay un abismo
que nos separa!

Cayo ¿Qué dices?

Tib. ¡Deja, deja al asesino
que te aborreció!

Cayo ¡Tiberio!
óyeme, te lo suplico,
yo te amo, yo te perdono;
condena a perpetuo olvido
lo pasado. No te acuerdes;
te perdono, amigo mío.

Tib. ¿Tú a mí, Cayo?

CAYO Sí, Tiberio.
TIB. ¿Tú perdonas al que quiso
embriagarse con tu sangre?
¡Y te creí mi enemigo!
¡No, por Dios, no me perdones!
Los animales dañinos
merecen que los aplasten.
¡Cayo, aplástame te digo!
¡Clava un puñal en mi seno!
La vida me causa hastío;
preferible es el infierno...
¡Oh, la muerte!... ¡Tú, mi amigo!
¿Y es verdad que tú perdonas
al que ha sido el asesino
de tu esperanza?... ¿Tú a mí?
¡No; jamás!... pues mi delito...
CAYO ¡Pero estás desesperado!...
TIB. ¿No sabes que yo he nacido
para ser un criminal?...
¿No sabes que no soy digno
del perdón con que me brindas?
CAYO ¡Tú deliras!
TIB. No deliro.
(Se acerca Cayo a Tiberio en ademán de abrazarlo, y Tiberio le rechaza.)
¡Quita, quita, no te acerques,
y vete a morir por Cristo!
¡Muere feliz, Cayo, muere,
mientras yo rabiando vivo!
CAYO ¿Lloras, Tiberio?
TIB. No, Cayo;
el corazón afligido
cuando llora se consuela;
y yo ha tiempo no he tenido
el consuelo de las lágrimas.
Mas con la risa disipo

mis pesares. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!
(Risa estridente y seca.)
¿Tú no ves cómo me río?

EMI. ¡Oh risa desesperada!

CAYO Eso no es risa, es delirio,
es abismo de amargura.

TIB. ¡También ríen los abismos!
Si es abismo el dolor, lanza
carcajadas, no suspiros.

CAYO Escucha, voy a la muerte
y no moriré tranquilo
si un favor no me concedes.

TIB. Pídemelo. Aunque a mí mismo
no pueda hacerlo, a ti, sí;
yo para siempre he perdido
el sosiego. No obtendré
jamás la paz de mi espíritu;
mas tú, blanco de mis iras,
tú, inocente, que has sufrido
por mi causa atroces penas
más crueles que el martirio,
pide, que, si me es posible,
te concederé a mí mismo.

CAYO ¿A ti mismo? ¿Por qué dices
lo que no sientes?

TIB. Yo digo
lo que haré... ¡Pídeme a mí!

CAYO ¡Pobre Tiberio! No exijo
tanto. Ven, acércate.
(Se acerca Tiberio, y, al hacerlo, lo abraza inesperadamente Cayo. Tiberio parece resistir, mas después cede.)
¡He aquí lo que te pido!
No te resistas. Ahuyenta
esos negros torbellinos
que tu razón enloquecen.

TIB. ¡Oh, Cayo!
CAYO ¡Al fin, has cedido!
Estréchame más. Quisiera
ser sólo un alma contigo.
Y ahora torna a Dios, Tiberio. *(Se separan.)*
TIB. ¡Ay, Cayo! soy muy impío.
Y Dios rechaza a quien...
CAYO ¡Calla!
porque Dios es infinito
y es inmensa su bondad.
TIB. ¡Ay de mí!
CAYO ¿Del hijo pródigo
no te acuerdas?
TIB. Sí. *(Llora.)*
CAYO Tú lloras.
TIB. Por fin, Cayo, me has vencido,
y me desahogo al fin.
CAYO Llora, llora, amigo mío;
porque el llanto es una lluvia,
Tiberio, y cuando ha llovido
huye el nublado y el cielo
se torna azul y tranquilo.
TIB. Ponme una *R* en la frente,
que soy tu esclavo. ¡Bendito
seas, Cayo, pues lograste
dar a mis penas alivio!
CAYO Si Antonio cual tú pudiera...
TIB. ¡Ay de mí triste! ¡Y he sido
yo quien le hice desgraciado!
Mas, Cayo, muere tranquilo.
¿Tú deseas se convierta
aquel que tanto has querido?
Yo te lo impedí. Mas yo,
¡sí, yo le diré que he sido
quien te calumnió! Tal vez
él se enfurezca conmigo

y me mate; mas ¿qué importa?
lo tendré bien merecido.

CAYO ¡Oh, gracias, Tiberio, gracias!
Mas no pongas en peligro
tu vida.

TIB. Me guardaré.

CAYO Y vosotros, Levio, Emilio,
procurad volver a Antonio
al verdadero camino.
¿Me lo prometéis?

LEV. } Sí, Cayo.
EMI. }

CAYO Yo te doy gracias, Dios mío.
Si antes de morir lograra
desengañar a mi amigo
y estrecharle entre mis brazos,
al fin, vería cumplidos
los deseos de mi padre.
¡Mas no puede ser, Dios mío!
Vosotros lo alcanzaréis.
Así lo espero.

EMI. Tranquilo
podéis quedar.

CAYO *(A Tiberio.)* Tú, Tiberio,
vuelve a tu fe. Marcelino,
nuestro querido Pastor,
te admitirá en el aprisco
de la Iglesia.

TIB. Sí, lo haré.

CAYO Y ahora, amigos queridos,
pedid a Dios me dé fuerzas
para sufrir el martirio
Se acerca la hora feliz:
separarnos es preciso.

CEN. *(Aparte a los soldados.)*
Nunca vi tanta virtud...

me admira tal heroísmo.

S.º 2.º ¿Y aun dicen que los cristianos
son hombres tan corrompidos?

S.º 1.º *(Ap.)* ¡Si yo casi estoy llorando!...
¡Ay, pobre tribuno mío!

CEN. Vamos, ánimo y valor,
Cayo.

CAYO Mil gracias, amigo.
(A Tiberio, Emilio y Levio.)
Quiero veros cuando muera.
Decidme, pues, en qué sitio
os pondréis.

LEV. Sobre el Pulvinar (14).

CAYO ¡Adiós, amigos queridos!
En el cielo nos veremos.

LEV. EMI. TIB. ¡Adiós!

(Salen Cayo y soldados por uno de los vomitorios.)

ESCENA IV

TIBERIO, LEVIO y EMILIO

EMI. ¡Ve, muere por Cristo,
mientras solos ¡ay, nos dejas!

LEV. Es un santo.

EMI. Yo he perdido
en él un amigo.

TIB. ¡Y muere
cuando más lo necesito!

LEV. Tiberio, no te acongojes.

EMI. ¿Qué hacemos? ¿Será preciso
entrar pronto?

LEV. Sí, pues Cayo
sufrirá luego el martirio.
EMI. Su último adiós recojamos
y su postrero suspiro.

ESCENA V

MOMO

(Mientras entran por una de las puertas del Anfiteatro las personas de la precedente escena, Momo sale por otra.)

MOMO ¡Vive Momo, el dios burlón,
cuyo nombre yo poseo!
No dice, siendo Bufón,
el estado en que me veo.
— ¡Ay Momo!... ¿qué tienes pues?
— Tengo la tripa vacía.
— ¿De veras? — De veras es:
no he comido en todo el día.
¿Y hasta cuándo me estaré
esperando? ¿hasta mañana?
Pues estaré hasta que
al amo le dé la gana.
Hoy tiene humor endiablado
por la traición de su amigo
y porque no se ha casado...
¡pues que se case conmigo,
Si su amigo lo ha vendido,
si su esclava lo engañó,
corriente; ya ha sucedido,
pero ¿lo he de pagar yo?
(Ruidos y voces de gente que se acerca.)
VOCES ¡Baco! ¡Baco! ¡ohé! ¡ohé!
MOMO ¡Pero qué jaleo es ese! *(Mirando hacia fuera.)*

¡Vive el chápiro, qué juerga!
Un borracho perseguido
por gente alegre... ¡Qué gresca!

VOCES ¡Baco! ¡Baco! ¡ohé! ¡ohé!

(Ruido de un porrazo.)

MOMO Ya ha caído el borracho;
ya le tiran de la pierna.
¡Por Apolo!... ¡Qué porrazo!
Fenomenal borrachera
lleva en el cuerpo... Otra vez
se ha levantado. ¡Qué juerga
le arman esos casquialegres!
Ya corre... otra vez tropieza...
(Porrazo.) Y... ¡pataplum!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

(Ríen afuera y Momo en la escena.)

Besó de nuevo la tierra.
¡Uf!... ¡qué chacota! ¡qué coces!
¡cómo jura y patalea!...
Ya se torna a levantar,
y la chusma le rodea,
y él reparte mojicones...
escupe a diestra y siniestra
votos, denuestos, injurias...
Le pellizcan, le acocean...
y él se apura, quiere huir...
le persiguen... Ya tropieza...
corre a tumbos, a enviones...
le empujan hacia una puerta...
se abre ésta y cae el beodo
de bruces en la taberna.
Todos se marchan riendo
y él barbotando se queda.
Ha terminado, por fin,
la vinática tragedia.
Pues, señor, ¿quién me prohibe
el colarme por la puerta

que abrió el borracho?... Si el dueño
me ve entrar en su taberna,
le diré que fuí a auxiliar
al ebrio; y si no me viera,
me embaularé callandito
una medida bien llena
del negrillo. Dicho y hecho.
(Va a salir y vuelve a la escena encolerizado.)
¡Diantre! ¡Rediantre! ¡Mil diantres!
¡Si veo al amo que llega!
Y hora más inoportuna
nunca ha podido escogerla.
Pero yo me zafaré
y escaparé como pueda.
Probaré enfadarlo y luego...
Pero con tiento, no sea
que, furioso, me sacuda
y me rompa la cabeza.

ESCENA VI

MOMO y ANTONIO

ANT. ¿Te has movido de aquí?
MOMO No.
(Ap.) Es necesario que mienta,
porque me desollaría
si la verdad le dijera.
ANT. ¿Viniste aquí pronto?
MOMO ¡Vaya!
Aun no alumbraba la tierra
la aurora cuando llegué.
ANT. ¿Viste pasar a Cornelia
y a Cayo, que eran llevados
para echarlos a las fieras?

MOMO No vi tal cosa.
ANT. ¿Es posible?
MOMO Ni vi a Cayo, ni a Cornelia.
A no ser que...
ANT. ¿A no ser qué?
MOMO Que por el aire vinieran.
ANT. Momo, no estoy para bromas.
MOMO *(Ap.)* ¡Uf! ¡qué cara pone!... ¡Alerta!
ANT. Sé que ambos esta mañana
los echarán a las fieras.
¿Y es cierto que no han venido?
MOMO No los vi.
ANT. ¡Cayo, Cornelia!
Aun os veré a los dos juntos.
¡Los dos!... ¡los dos a las fieras!
¡Juntos lograrán morir!
¡Ay de mí! ¡Quién tal creyera!
Las personas que más quise,
¡burlarme de esta manera!
MOMO Pero, señor, no os pongáis
con esa cara tan fea.
¡Vive Plutón! ¿Qué os importa
que los dos juntos se mueran?
¡Que se vayan al Averno!
ANT. ¡Calla, maldito!
MOMO *(Ap.)* Ya empieza
a enojarse. Sigue, Momo *(mira hacia fuera)*,
que aun no han cerrado la puerta.
(Alto.) Amo mío, disipad
esa nube de tristeza,
que obscureciendo la cara
la torna de clara en yema.
Yo que andando con vos siempre
soy siempre la sombra vuestra,
justo es que riendo yo
os sonriáis vos siquiera.

¿No veis al moverse un cuerpo
que su sombra se menea?
Salta él y ella da salticos;
baila él y ella bailotea;
y cuerpo y sombra a la par,
lo que él hace, también ella.
¿Y queréis, señor, que estando
alegre la sombra vuestra
estéis vos triste? ¡Por Baco,
esto no será! ¡Ea! ¡ea!
¡un baile con vuestra sombra!
¡Arza! ¡Olé!... ¡Viva la juerga!
(Baila de un modo ridículo.)

ANT. ¡Maldito, vete!
MOMO Me voy.
(Ap.) ¡Qué bien me salió la treta!
ANT. ¡Luego! ¡luego!...
MOMO A paso largo.
(Ap.) Ya están mis tripas contentas.
(Marcha bailando.)

ESCENA VII

ANTONIO

ANT. ¡Aun los veré pasar! ¡Ay de mí triste,
los dos... mis esperanzas más queridas!
¿Por qué desengañaste, cruel Tiberio,
a quien sueño tan plácido dormía?
Si mi amor y amistad fueron un sueño,
si mi felicidad era mentida,
si todo fué una imagen ilusoria,
¿qué importa si verdad me parecía?
¡Cuánto mejor es creerse venturoso,
aunque sea soñada nuestra dicha,

que juzgarse infeliz, mientras nadamos
en océano inmenso de delicias!
Con aquella amistad y aquel amor
ventura ilimitada poseía,
y todo fué un engaño. ¿Por qué vivo,
deshechas ya las ilusiones mías?
Cielo sin nubes era ayer mi alma;
mas, ¡ay! soñada ha sido aquella dicha.
Mi amistad y mi amor fueron un sueño,
y sólo fuí feliz mientras dormía.
Que Cornelia no me ame, no me extraña,
pues nunca me mostró que me quería;
pero Cayo, mi amigo... ¡Cayo!... ¡Él,
que, con peligro de su propia vida,
me libró de la muerte!... Pero ¿es cierta
su traición o es que sueño todavía?
¿Qué me resta en el mundo? ¡Desgraciado!
si la hermosa esperanza es sólo vida
de nuestro corazón, ¿por qué yo vivo,
si han muerto ya las esperanzas mías?

ESCENA VIII

ANTONIO, CAYO, LEVIO, TIBERIO, EMILIO y cristianos

(Traen a Cayo herido y ensangrentado. Está envuelto en un manto hecho jirones y manchado de sangre. Los cristianos entran sin reparar en Antonio.)

CAYO Parad, dejadme tranquilo;
pues ya se escapa mi vida.

ANT. *(Ap.)* ¡Cayo, y Tiberio con él!
¿Qué es esto?

CAYO ¡Ay!... ya veía
abierto el cielo y vosotros...

LEV. Cayo, pronto la agonía
de la muerte segará
tu existencia... Te creían
todos muerto, y tu cuerpo
exangüe, ya parecía
cadáver; te retiraron
de la arena, y tus reliquias
ansiando guardar nosotros,
te recogimos. Latía
aún tu corazón, pero ¡ay!
aunque vives todavía,
presto morirás.
CAYO ¡Oh, gracias,
Dios mío!
LEV. Son tus heridas
mortales.
EMI. ¿Y sufres mucho?
CAYO Un poco. Más padecía
Cristo en la cruz. ¿No creéis
vosotros que es grande dicha
morir por Cristo?... ¡Mas ay!
que ella sería cumplida
si Antonio...
TIB. Muere tranquilo,
Cayo, que eso es cuenta mía.
Yo le diré, que movido
de injusta y rabiosa ira
hacia ti, te calumnié.
ANT. *(Ap.)* ¿Qué oigo?... ¿Sueño todavía?
TIB. Diré que tú no mentiste,
diré que no fué fingida
la castidad de Cornelia.
CAYO Y le dirás... que ella habita
ya en el cielo, pues murió
en la cárcel Mamertina.
ANT. *(Ap.)* ¡Oh!

CAYO Tiberio, le dirás
que esta pobre sangre mía
por él a Cristo la ofrezco,
para que pronto reciba
nuestro bautismo... ¡Ah!... también
le dirás que mis cenizas
visite, y ya que mi muerte
verlo me imposibilita...
ANT. *(Se precipita sobre Cayo abrazándolo.)*
¡Cayo! ¡Cayo!...
CAYO ¡Antonio!... ¡Amigo!...
ANT. ¡Perdóname!... ¡Y te creía
mi enemigo!... ¡Ah, Tiberio!...
¡Infame!...
(Se arroja furioso sobre Tiberio, pero le detienen los cristianos.)
TIB. Lo soy.
ANT. ¡La vida
te he de arrancar!
CAYO *(Esforzándose por gritar.)* ¡Oye, Antonio,
que apresuras mi partida
de este mundo!... *(Antonio se reporta.)*
ANT. Por ti, Cayo...
CAYO Al alma que arrepentida
está, perdón se le debe.
¡Perdónalo!
ANT. Mas...
CAYO No sigas.
¡Ah, perdónalo por mí,
que te amé más que a mi vida!
ANT. Por ti lo perdono, Cayo.
TIB. ¡Ah, gracias! *(Vuelve Antonio al lado de Cayo.)*
CAYO Dios te bendiga.
¡Gracias, Dios mío, pues muero
con felicidad cumplida!...
Ven, Antonio... que me muero

escucha... yo te quería
ver cristiano... Las calumnias
que nos levantan creías...
Mira los hermosos frutos
de esa Religión divina...
Míralos en esta sangre...
que por ti... ¡Ah! *(Suspira rendido.)*

ANT. Te fatigas
demasiado, sé que quieres
esa Religión divina
que tales frutos produce.
¡No, no puede ser mentira!
A ella me acojo por ti.

CAYO Ella labrará tu dicha...
esa dicha que apeteces
y que nunca lograrías...
¡Oh!... escucha... me muero!...

ANT. ¡Oh, Cayo!
y ese tu Dios ¡ay! me quita
lo que más amo... ¡no mueras!
¿no ves cuán sola y perdida
mi alma quedará sin ti?

CAYO Inútilmente porfías;
me voy, mas no quedas solo:
he ahí tu compañía,
(indica a Tiberio, Elio y Emilio)
los que te amarán por mí,
tus hermanos... La agonía
siento ya... Antonio, no llores,
escucha... ¿Ves allá arriba? *(Indica el cielo.)*
¡Mira qué hermoso es el cielo!
¿Ves?... ¡Allá voy!... ¡Mira, mira!...
Cristo me espera... La mano...
une tu mano a la mía...
acércate más... me muero...
pon tu mano... en mis heridas

y que... esta... mi sangre... ¡Ah! *(Muere.)*

LEV. ¡Murió!

ANT. ¡Ay! *(Oculta la cabeza entre las ma-*

TIB. ¡Oh tú, que vivías *[nos. Pausa.)*
sólo para amar, perdona
al que labró tu desdicha;
bendice a un triste que en ti
perdió lo que más quería!

EMI. *(Solloza.)* ¡Adiós!... ¡Vete al cielo!... ¡Adiós!

LEV. Recojamos sus reliquias.
(Van a envolverlo para llevárselo, pero Antonio se lo quita de los brazos y, abrazado con el cadáver, se adelanta al proscenio.)

ANT. ¡Dadme su cuerpo, que es mío!
¡Yo guardaré sus cenizas!...
¡Cuerpo muerto de mi amigo,
si es que puede el alma mía
pasar a ti y devolverte
tu vida grande y heroica,
¡ay!... recibe en tus entrañas
la pobre existencia mía!...
¡Cayo, Cayo!... ¡Ay de mí triste!
¿no tornarás a la vida?
¡Ay de mí, que entre mis brazos
tus yertos miembros se enfrían!

LEV. Voló al cielo, y, desde allí,
ten por cierto que te mira.

ANT. Yo guardaré en una urna
estas preciosas reliquias.
¡Has muerto, Cayo de mi alma,
y me has dado mejor vida!

TELÓN

AD GLORIAM MARIAE VIRGINIS

NOTAS

(1) El lugar que aquí indicamos es, poco más o menos, el que ahora ocupa Santa María Liberatrice. — En la antigua Roma no estaban numeradas las casas, y se conocían por señas.

(2) Empleados del Anfiteatro que cuidaban las fieras.

(3) Individuo que peleaba con una red, procurando enredar a su adversario.

(4) Sitio privilegiado del Coliseo, donde se sentaban el emperador con su familia, las vestales y senadores.

(5) Calle de Roma, en la que, según testimonio de Chateaubriand, (*Los Mártires*, lib. XXIII), se cometían prostituciones públicas. ¡A tal grado de corrupción llegó aquella gran ciudad! La vía Patricia, *vicus Patricius* o *vicus Corneliorum*, pasaba por la actual iglesia de Santa Pudenciana y Santa Práxedes.

(6) Solía colgarse junto al sepulcro de los mártires una lámpara, o en su lugar había una columna de unos tres pies de altura, cuyo extremo superior era cóncavo para contener el aceite.

(7) Las puertas del Anfiteatro se llamaban vomitorios.

(8) El sextercio, que era la cuarta parte del denario, equivaldría próximamente a unos 18 céntimos de nuestra moneda.

(9) Jefes de gladiadores.

(10) Famosa cárcel romana donde encerraban a los mártires y facinerosos.

(11) Gran calle de Roma que unía el Capitolio con el Anfiteatro.

(12) El general Veturio tenía el cargo de descubrir los soldados cristianos.

(13) Departamento del Anfiteatro, donde se desnudaban los gladiadores y atletas antes de luchar, y donde eran despojados los mártires antes de ser arrojados a las fieras.

(14) Lugar privilegiado del *Podium*, donde se ponían los emperadores para presenciar los espectáculos del Anfiteatro.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

3 0112 115863737

GALERÍA MORAL DE OBRAS ESCÉNICAS

por el P. Fr. Manuel Sancho, Mercedario

En venta

PARA NIÑOS Y JÓVENES

Los Reclutas (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'75 ptas. – Música, 6 ptas.

Elecciones (Zarzuela, 2 actos).
Letra, 0'75 ptas. – Música, 6 ptas.

La Manía Literaria (Comedia, 2 actos).
Un folleto en 8.°, 0'75 ptas.

La Medicina Eficaz (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'50 ptas. – Música, 4 ptas.

Cayo (*Segunda edición*). Drama de los primeros siglos del Cristianismo, 3 actos.
Un folleto en 8.°, 1'50 ptas.

Lucha por dentro (*Segunda edición*). Drama en 1 acto, dividido en 2 cuadros.
Un folleto en 8.°, 0'75 ptas.

Trapacerías (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'75 ptas.—Música, 4 ptas.

El Zapatero Dentista (Zarzuela, 2 actos).
Letra, 1 pta.—Música, 12 ptas.

PARA NIÑAS Y SEÑORITAS

Las Muñecas (Zarzuelita, 1 acto).
Letra, 0'50 ptas.—Música, 2 ptas.

Las Mentirosillas (Comedia, 2 actos).
Un folleto en 8.°, 0'75 ptas.

La Envidiosa (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'75 ptas.—Música, 4 ptas.

La Medicina Eficaz (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'50 ptas.—Música, 4 ptas.

La Mimadita (Zarzuela, 1 acto, dividido en 2 cuadros).
Letra, 0'75 ptas.—Música, 4 ptas.

La Fantasma del bosque (Sainete, 1 acto).
Un folleto en 8.°, 0'50 ptas.

Hijitas de Eva (Zarzuela, 1 acto).
Letra, 0'75 ptas.—Música, 3 ptas.

En prensa

Clericalismo (Drama, 2 actos).

La negra honrilla (Comedia, 2 actos).

En preparación

El Príncipe de la Goma (Zarzuela, 1 acto y 2 cuadros).

El Hijo del Veterano (Zarzuela dramática, 1 acto).

Redimir al Cautivo (Zarzuela, 1 acto.)
Letra del Rdo. P. Sancho.
Música del Mtro. Lambert.

Machaconas (Sainete, 1 acto).

La Rosa Marchita (Zarzuela, 1 acto).